
El Camaleón

Antón Chéjov

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 250

Título: El Camaleón
Autor: Antón Chéjov
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 20 de mayo de 2016
Fecha de modificación: 30 de septiembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Camaleón

Por la plaza del mercado pasa el inspector de Policía Ochumelof, vistiendo su gabán nuevo y llevando un paquete en la mano. Detrás de él viene el guarda municipal, rojo, de pelo hirsuto, con un cedazo repleto de grosellas confiscadas. Reina un silencio completo... En la plaza no hay un alma. Las puertas abiertas de las tiendas y de las tabernas parecen bocas de lobos hambrientos. Junto a ellas no se ven ni siquiera mendigos.

—¡Me muerdes, maldito! ¡Chicos, a cogerlo! ¡Está prohibido morder! ¡Cógelo! ¡Por aquí...!

Óyense aullidos de perro. Ochumelof mira en derredor suyo y ve que del depósito de maderas del comerciante Pichaguin se escapa un perro, con una pata encogida. Persíguelo un hombre en mangas de camisa y chaleco desabrochado. Este hombre corre a todo correr y cae, pero logra agarrar al perro por las patas de atrás. Resuenan un segundo aullido y gritos: «¡No le sueltes!» Por las puertas asoman caras somnolientas, y al cabo de pocos minutos, una gran cantidad de gente aglomérase delante del almacén.

—Es un escándalo público—exclama el guardia municipal.

Ochumelof da una vuelta y se acerca al gentío. En el dintel de la puerta está un hombre en mangas de camisa, el cual, levantando el brazo, muestra su dedo ensangrentado a la muchedumbre. Su voz y su gesto aparecen triunfantes. Su dedo semeja una enseña victoriosa. Diríase que todo su rostro, y aun él mismo, quieren expresar «Ya me las pagaréis todas». Ochumelof reconoce al hombre. Es el joyero Hrinkin: En medio del círculo, temblando con todo su cuerpo, está

sentado el culpable: un cachorro lebel, con el hocico en punta y manchas rubias en el lomo. Sus ojos revelan su terror.

—¿Qué ocurre?—interroga Ochumelof, introduciéndose entre la gente—. ¿Qué pasa? ¿Quién grita? ¿Qué ocurre con el dedo?

—Vera usted. Yo pasaba tranquilamente, sin meterme con nadie... Iba por el asunto de las maderas..., y de repente salió este maldito animal y me mordió el dedo... sin que yo le diera motivo alguno... Dispénseme, excelencia; pero yo no soy más que un trabajador... Ejecuto trabajos minuciosos. Fuerza es que se me indemnice. A buen seguro, yo no podré servirme de mi dedo en una semana entera. Ninguna ley puede obligarme a soportar los ataques de los animales... Como a todos les dé por morder, la vida será imposible...

—Hum... Está bien—dice Ochumelof con severidad, tosiendo y frunciendo las cejas—. ¿De quién es este perro? Esto no lo voy a dejar así. ¡Ya verán ustedes lo que resulta con dejar sueltos a los animales por las calles! Hora es de imponer una corrección a esos caballeros que no hacen caso de los reglamentos. Yo sabré clavar una buena multa al granuja que permitió que su perro anduviera errante. ¡Yo sabré arreglarlo! ¡Andirin—añade volviéndose hacia el municipal—, averigua de quién es el perro. ¡Habrá que matarlo inmediatamente! Este perro debe de estar rabioso... ¿Me oyes? ¿De quién es el perro...?

—Creo que es del general Gigalof—replica una voz.

—¡Del general! Hum... Andirin, ayúdame a quitarme el abrigo... ¡Qué calor! ¡Habrá tormenta...! No comprendo. ¿Cómo este cuadrúpedo ha podido morderte? Ni siquiera puede alcanzar a la altura del dedo. ¡Es chiquito y tú eres un hombretón! Te habrás arañado el dedo tú mismo con un clavo, y luego echas la culpa al perro. ¡Te conozco...! ¡Sois una gentecilla...! ¡Os conozco, demonios...!

—Es que, para divertirse él, puso un cigarrillo encendido en el hocico del perro, el cual incurrió en la cólera de pegarle un mordisco... Este hombre es un pendón. ¡Quítate de nuestra presencia!

—¡Mientes, tueste! ¿No lo viste por tus propios ojos? En tal caso, ¿a qué mentir? Vucencia es un hombre de entendimiento y dilucidará quién es el embustero y quién dice la verdad, como si la dijera ante Dios... Y si le parece que soy un farsante, vamos al Tribunal. Las leyes lo dicen: «Ahora todos son iguales...» Además, si queréis saberlo, tengo un hermano que es gendarme...

—¡Cállate!

—No; este perro no es del general—dice con aire convencido el municipal—. Los del general son diferentes..., todos los suyos son de caza...

—¿Estás cierto?

—¡Completamente!

—¡Si yo mismo lo sé! El general tiene perros de valor, perros de raza, y éste no significa nada...; carece de aspecto y de cualidades...; ¡una porquería! Hay que ser muy idiota para poseer animales como éstos. ¡Hace falta ser bruto! Si en Petersburgo o Moscú encontraran perro semejante, no andarían con contemplaciones. Lo matarían sin tardanza. Y tú, Hrinkin, que eres la víctima, no dejes las cosas así... ¡Lo verán! Es tiempo...

—Y tal vez es del general—sigue pensando en alta voz el municipal—. No lo lleva escrito en el hocico... El otro día, en su jardín, vi uno como éste...

—Naturalmente que es del general—confirma la voz del gentío.

—Hum...; trae mi abrigo, amigo Andirin...; hay viento...; siento

como escalofríos... Llevarás el perro a la casa del general... Dirás que yo lo encontré y se lo mando... Aconsejarás que no lo dejen salir a la calle. Puede ser animal de precio, y si cada imbécil le metiera cigarros en la nariz, pudiera desgraciarse... ¡Los perros son delicados! ¡Y tú, bruto, baja tu mano! ¡No tienes nada que mostrar en tu dedo! ¡Tú solo tienes la culpa...!

—Aquí viene el cocinero del general... Podemos interrogarle... ¡Protor, oye, amigo! Ven por aquí, mira este perro... ¿es de ustedes?

—Quién te lo dijo? No tenemos semejantes animales.

—No continúes—interrumpe Ochumelof—. ¡Es vagabundo! ¡Estamos perdiendo el tiempo! ¡Ya dije yo que es vagabundo, y así es...! ¡Matadlo inmediatamente...!

—No es nuestro—prosigue el cocinero—, es del hermano de nuestro general, que llegó anteayer... Nuestro general no es aficionado a lebreles; pero el hermano, sí...

—¡Cómo! ¿El hermano del general ha llegado?—exclama Ochumelof, mientras que toda su cara inundase de una sonrisa de felicidad—. ¡Dios mío! ¡Yo no lo sabía! ¿Habrá venido tal vez por una temporada?

—Sí...

—¡Dios mío de mi alma! ¿Habrá echado de menos a su hermanito? ¿Cómo es que no me enteré antes de ello? ¿De modo que el perro es suyo? Me alegro mucho... Llévatelo... Un perrito hermoso... y vivo... ¡Ah, ah, ah...! ¡Lo cogió a aquél del dedo! ¿Por qué tiemblas? ¡Estará enfadado...! ¡Animalito!

Protor llama al perro y se marcha.

La multitud ríe y se burla de Hrikin.

—¡Otra vez no te irás de rosas como ahora!—le amenaza Ochumelof con la mano, se abrocha el abrigo y sigue su

camino por la plaza del mercado.

Antón Chéjov



Antón Pávlovich Chéjov (en ruso: **Антон Павлович Чехов**, romanizado Pavlovič Čehov), (Taganrog, 17 de enero [calendario juliano] / 29 de enero de 1860 [calenarrio gregoriano] - Badenweiler, Baden-Wurtemberg (Imperio alemán), 2 de julio / 15 de julio de 1904) fue un médico, escritor y dramaturgo ruso. Encuadrable en la corriente más psicológica del realismo y el naturalismo, fue un maestro del relato corto, siendo

considerado como uno de los más importantes escritores de este género en la historia de la literatura. Como dramaturgo se enclava dentro del naturalismo, aunque con ciertos toques de simbolismo y escribió unas cuantas obras, de las cuales son las más conocidas *La gaviota* (1896), *El tío Vania* (1897), *Las tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). En estas obras idea una nueva técnica dramática que él llamó de "acción indirecta", fundada en la insistencia en los detalles de caracterización e interacción entre los personajes más que el argumento o la acción directa, de forma que en sus obras muchos acontecimientos dramáticos importantes tienen lugar fuera de la escena y lo que se deja sin decir muchas veces es más importante que lo que los personajes dicen y expresan realmente. Chéjov compaginó su carrera literaria con la medicina; en una de sus cartas escribió al respecto:

La medicina es mi esposa legal; la literatura, solo mi amante.

La mala acogida que tuvo su obra *La gaviota* (en ruso: "Гавиота") en el año 1896 en el estatal (imperial) Teatro Alexandrinski de San Petersburgo casi lo desilusiona del teatro, pero esta misma obra tuvo un gran éxito dos años después, en 1898, gracias a la interpretación del Teatro del Arte de Moscú dirigido por el innovador director teatral Konstantín Stanislavski, quien repitió el éxito para el autor con *Tío Vania* ("Тя́ня"), *Las tres hermanas* ("Три сестры") y *El jardín de los cerezos* ("Сад черешневый").

Al principio Chéjov escribía simplemente por razones económicas, pero su ambición artística fue creciendo al introducir innovaciones que influyeron poderosamente en la evolución del relato corto. Su originalidad consiste en el uso de la técnica del monólogo, adoptada más tarde por James Joyce y otros escritores del modernismo anglosajón, además del rechazo de la finalidad moral presente en la estructura de las obras tradicionales. No le preocupaban las dificultades que esto planteaba al lector, porque consideraba que el papel del artista es realizar preguntas, no responderlas.

Según el escritor estadounidense E. L. Doctorow, Chéjov posee la voz más natural de la ficción, «sus cuentos parecen esparcirse sobre la página sin arte, sin ninguna intención estética detrás de ellos. Y así uno ve la vida a través de sus frases».

(Información extraída de la Wikipedia)